



CORTES GENERALES

DIARIO DE SESIONES DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PLENO Y DIPUTACION PERMANENTE

Año 1990

IV Legislatura

Núm. 29

Visita del excelentísimo señor Presidente de la República de Bolivia (don Jaime Paz Zamora) a las Cortes Generales, celebrada el martes, 24 de abril de 1990, en el Palacio del Congreso de los Diputados.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. FELIX PONS IRAZAZABAL

SUMARIO

Se abre la sesión a las doce y cuarenta y cinco minutos del mediodía.

Discurso del señor Presidente del Congreso de los Diputados (Pons Irazazábal) 1123

Discurso del señor Presidente de la República de Bolivia (Paz Zamora) 1125

Se levanta la sesión a la una y treinta y cinco minutos de la tarde.

Se abre la sesión a las doce y cuarenta y cinco minutos del mediodía.

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS**: Señor Presidente, es motivo de profunda satisfacción su presencia esta mañana en el Congreso de los Diputados, pues es la primera vez en la historia de

nuestros dos pueblos que un Presidente constitucional de Bolivia visita una de las Cámaras de las Cortes Españolas.

A mí me cupo el honor de ser el primer Presidente del Parlamento español que visitó oficialmente Bolivia. Y me ha correspondido después el privilegio de no haber sido aquella ocasión la única en que las responsabilidades de la presidencia me han llevado a su país. Comprenderá, señor Presidente, que su presencia trae el recuerdo entrañable de su pueblo y de su tierra y que es difícil evitar que los afectos no desborden la frialdad del respeto protocolario.

Su visita a España y a otros países europeos nos trae la voz del pueblo de la América hispana que, posiblemente, tropieza con mayores dificultades para romper el círculo vicioso del subdesarrollo; pero nos trae también la voz de la dignidad y del sacrificio.

Su visita, señor Presidente, constituye una rotunda interpelación para tomar conciencia de realidades y de responsabilidades. La dimensión de los problemas que plantean países como Bolivia no puede afrontarse desde la simple confianza en las virtualidades de la inercia histórica o de la capacidad de resistencia del ser humano.

Habiendo pisado tierra boliviana y habiendo convivido con sus gentes faltaría al respeto que les debo si su presencia en esta Casa, señor Presidente, fuese mera ocasión para cortesías y confortables convencionalismos. Su visita nos obliga a reflexionar y a trabajar desde perspectivas muy comprometidas.

Asistimos a un momento histórico en el que se han derrumbado los horizontes que se ofrecían como utopías de fácil y segura redención. Pero los irredentos siguen en pie. Se han desvanecido absurdas y falsas esperanzas de solución rápida y arbitrista a la miseria, pero la miseria y la desesperación siguen ahí. Algo habrá que hacer.

Ahora sabemos lo que está descartado, pero eso arroja inmensas y urgentes responsabilidades sobre quienes sostenemos la superioridad incuestionable de la libertad y de la democracia sobre los autoritarismos doctrinarios de todo signo. La lógica de la libertad exige asumir riesgos y sacrificios. Sabemos que el pueblo boliviano ha cumplido ejemplarmente todas las exigencias del rigor y del esfuerzo. No se le puede pedir más. Ahora corresponde movilizar al riesgo y al sacrificio solidario, a los recursos y a las economías de los países que apostamos por el desarrollo en libertad, porque está en juego la credibilidad de la apuesta y la legitimación efectiva de nuestro sistema de valores.

El hecho de que venga usted acompañado de una representación parlamentaria nos hace comprender la importancia decisiva que en este delicado y, al mismo tiempo, esperanzador período de la historia boliviana otorga el Presidente de la República al consenso político, base sólida de un programa de gobierno que debe labrar el futuro sobre el duro terreno del sacrificio y el esfuerzo solidario del conjunto de la sociedad, sin excepciones ni privilegios.

Es este un gran momento, señor Presidente, para que todos los países democráticos, cada uno con sus particulares características, iniciemos un proceso de profundiza-

ción procurando imbuir nuevo vigor a este sistema político que, por fin, va siendo aceptado y reconocido universalmente. Pero hemos de ir más allá, debemos esforzarnos, y muy especialmente los Parlamentos, por construir una cultura democrática que alcance no sólo a los mecanismos electorales y a la representación política, sino que forme parte de nuestra actitud vital e informe nuestra actividad cotidiana. Solamente cuando desde las más elementales etapas del proceso educativo quede incorporado al sentir y al pensar de la ciudadanía que toda convivencia civilizada pasa por el reconocimiento del diálogo y la transacción como único método de resolución de controversias, unido al estricto respeto a minorías políticas, religiosas y culturales, podremos decir que vivimos democráticamente, que es algo más que vivir en democracia.

Somos conscientes, probablemente más que ningún otro país europeo, de la gravedad de la situación en América Latina y nos hemos esforzado, desde el mismo momento de nuestra adhesión a la Comunidad Europea, en transmitir esta preocupación a nuestros socios comunitarios y a los principales agentes económicos mundiales, tanto en contactos bilaterales como multilaterales. Somos conscientes del largo camino que hemos recorrido también nosotros desde nuestro propio subdesarrollo y aislamiento hasta nuestra presente situación en el concierto mundial, pero estamos muy lejos de poder protagonizar iniciativas exclusivamente individuales. Claro que lo mismo podría decirse de otros países que, pese a su carácter de superpotencias, tampoco pueden resolver por sí mismos el problema de la deuda exterior que desde hace años pesa como losa insoportable sobre las economías latinoamericanas. Este problema, esta tragedia, sólo puede resolverse de forma colectiva y solidaria. Deudores y acreedores son las dos caras de una misma moneda y, por lo que se refiere a Bolivia, resulta admirable el esfuerzo y el sacrificio que el pueblo boliviano ha realizado a lo largo de los últimos años para estabilizar su vida política y para doblegar la atroz hiperinflación que prácticamente paralizó su economía. Pero el saneamiento económico ortodoxo no puede prolongarse indefinidamente, debe tener un horizonte temporal para que tenga sentido y aquí es donde pensamos que los países del Norte desarrollado deben tender una mano amiga que, más allá de la cooperación al desarrollo, ponga el énfasis en la cuestión clave: apertura de mercados, ayudas a la exportación, fomento de la industrialización, etcétera.

Los grandes desequilibrios de la economía mundial no pueden seguir alimentando las tendencias irracionales del sistema a costa de cerrar toda posible salida a los países a los que se exigen los más duros sacrificios. Permita, señor Presidente, que exprese mi deseo de que su visita a nuestro país y a otros estimule esfuerzos de racionalidad solidaria.

Más allá de eclipses ideológicos, contemplamos un acelerado proceso de homogeneización económica del mundo desarrollado y, para hacer frente a un reto de tal amplitud y trascendencia, al mundo de menor desarrollo relativo sólo le queda una respuesta que, además, debe ser ágil e imaginativa: la integración.

Puesto que América Latina es la punta de lanza de ese abigarrado conjunto de países, esperamos que estará a la altura de tan formidable envite histórico, y ello tanto por simpatía como por interés, pues en este mundo, en esta nave única en la que todos estamos embarcados, más allá de divisiones en continentes y naciones, no caben soluciones que no sean globales a problemas cuya dimensión es universal: la seguridad, el desarrollo, la salud y la conservación del medio ambiente, la lucha contra el narcotráfico, por no citar sino los más acuciantes.

En este mundo, progresivamente más integrado y comunicado, que se dibuja a la vuelta del milenio, los países de América Latina y España deben conjugar un papel acorde con el peso de su demografía, de su cultura, de su economía y, sobre todo, de su voluntad y de su destino compartido.

Estamos en vísperas de 1992, pero a pesar de la importancia de los acontecimientos que durante dicho año España va a protagonizar —Exposición Universal de Sevilla, Juegos Olímpicos de Barcelona y capitalidad cultural europea en Madrid—, para nosotros nada cede en importancia a la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América-Encuentro de dos Mundos, que simboliza el peso determinante que en el pasado, en el presente y, sobre todo, en el futuro damos a nuestra dimensión iberoamericana.

Que el año 1992 sea un año de reencuentro, de consolidación, de reflexión y de relanzamiento, pues nuestro futuro es tanto europeo como mediterráneo y americano y no estamos dispuestos a renunciar a ninguna de nuestras señas de identidad. Su presencia nos da ocasión para reafirmarlas y para proclamar los compromisos que ellas comportan.

Sea muy bienvenido a esta su casa, señor Presidente. **(Grandes y prolongados aplausos.)**

El señor **PRESIDENTE DE BOLIVIA** (Paz Zamora): Señor don Félix Pons, Presidente del Congreso de Diputados; don Juan Jose Laborda, Presidente del Senado; señores parlamentarios, distinguidos representantes de las distintas bancadas parlamentarias, ya se imaginarán ustedes el sentimiento que experimento de estar en las Cortes Españolas como primer Presidente constitucional y democráticamente elegido de Bolivia que se hace presente en España, y diría yo de los constitucionales y de los no constitucionales, lisa y llanamente; el primero que estoy en España como Presidente de los bolivianos, en más de siglo y medio que llevamos como vida republicana.

Este mismo hecho, indudablemente, nos une en una serie de reflexiones gratas, por un lado, porque finalmente estamos aquí buscando un reencuentro, pero, al mismo tiempo, reflexiones con grandes interrogantes, porque uno dice: Y ¿por qué no estuvimos antes? ¿Por qué tuvimos que esperar tanto tiempo para venir, si finalmente somos parte de una sola comunidad histórica que fuimos construyendo durante siglos?

Probablemente la respuesta a estos interrogantes la tengamos que encontrar hurgando en los contenidos mismos de la democracia. Me parece que desde que nos separa-

mos y, de alguna manera, se interrumpió momentáneamente lo que veníamos construyendo en conjunto, nuestras vidas, como países, entraron en un torbellino histórico que cada uno de nosotros lo vivimos a nuestra manera.

Parecía que desde que nos separamos, o nos separó la Historia a comienzos del siglo XIX, hasta hoy, a pesar de habernos querido reencontrar, esto era imposible, porque al final cada uno de nosotros, en nuestros propios países, estábamos en la larga tarea que nos llevó casi siglo y medio de encontrarnos y buscarnos a nosotros mismos primero.

La España que se separa de nosotros es una España que desde entonces está en plena ebullición es una España sin descanso que finalmente desemboca, en los últimos años de este siglo, en el mismo lugar donde esa Bolivia en ebullición y sin descanso va a desembocar también, que es precisamente la democracia, que creo que es, finalmente, la que permite este reencuentro que estamos protagonizando entre todos en este momento y que, al mismo tiempo, creo que marca no solamente el momento de un encuentro, sino el momento de un reencuentro en una etapa cualitativamente distinta y superior. Es la libertad, en el pleno sentido de la palabra, la que hace posible que volvamos a estar juntos.

De las distintas España que la conciencia colectiva de los pueblos indios de América ha conocido en cinco siglos —no quiero ocultarlo— esta España es la que más nos satisface y nos gusta, esta España que se ha liberado a sí misma para convertirse en un factor también de liberación para los demás, y si bien no tenemos que renegar de nuestra propia historia y de su continuidad, sí tenemos obligación de calificarla para precisamente poderla asumir plenamente y poderla proyectar en realizaciones cada vez superiores.

Cuando nos encontramos la primera vez hace quinientos años —y aquí quiero hacer una digresión— comenzó una historia común, y digo que hago la digresión porque al utilizar la palabra «encuentro» se me viene a la cabeza otra situación que en este momento se nos plantea, no digo como embarazosa, sino, en todo caso, como una situación muy particular.

Tenemos una historia común de quinientos años, no sabemos cómo denominarla y no sabemos cómo bautizar el acontecimiento a través del cual comenzó. Sin embargo, es nuestra historia, de la cual, por otra parte, estamos todos orgullosos, incluso de lo que no nos gusta. Ahí está probablemente, así de simple, la magia de lo que ha ocurrido en estos quinientos años. Digo magia porque da para todo, puede ser todo.

Visto desde el otro lado del océano, a mí me parece que encuentro fue, sin lugar a dudas, conquista también; pero germinación también. No fue desierto lo que produjimos, no nos movimos en el campo de la esterilidad sino que, con dolores o sin ellos nuestro camino fue el de la fecundidad; por eso fue creativo. De la esterilidad no puede salir nada por definición; en cambio, de la fecundidad puede salir todo, lo bueno y lo malo, la enfermedad y la salud, la muerte y la vida. Esa es la virtud y la complejidad

de lo fecundo, y creo que esto es lo que tal vez mejor nos define: que nuestro encuentro fue fecundo, con todo lo positivo y lo negativo que la fecundidad tiene y porque fue fecundo nacimos todos nosotros y porque el encuentro fue fecundo tenemos hoy una comunidad común que, frente a los cambios internacionales, aparece como una comunidad culturalmente sólida. No somos una comunidad complejada, diría que más bien somos una comunidad histórica y cultural a la ofensiva, a este lado del mar y al otro.

Como hispanoamericano de allá me siento muy orgulloso, y cada vez más, de los hispanoamericanos de aquí. Cuando veo que, cada vez más, España es Europa, me siento como más respetuoso de Europa misma, y cuando veo que es del sur de Europa de donde ahora vienen los grandes impulsos de la economía y del espíritu, me siento verdaderamente satisfecho de pertenecer a esa misma historia y muy deseoso de compartirla, en términos contemporáneos, con mayor dinamismo.

Cuando nos encontramos, lo que pasó fue que se encontraron distintos proyectos nacionales o, si quieren, distintos proyectos de conformación nacional. Aquí, en la península, probablemente, se estaba viviendo en ese tiempo, a finales del siglo XVI, el proceso de cohesión ibérica más importante, antes del que estamos viviendo hoy día, del que están viviendo hoy día. Creo que la mayor expresión de un proyecto común de los españoles se está dando en esta democracia de hoy, pero aquél fue un momento muy importante del proceso de conformación nacional para España; como producto de su propia dinámica vino la expansión del proyecto y, al expandirse, se encontró con otros proyectos que en lo que se vino a denominar América, seguían su propio curso, tal vez con un paso un tanto cansino, pero su propio curso.

Lo que ocurrió es que se encontraron distintos proyectos, porque lo que denominamos ahora América no era uno sólo, eran muchos pueblos, con muchos proyectos a su vez, proyectos de conformación nacional también. Se encontraron estos diversos proyectos y, sin lugar a dudas, se impuso uno que, debemos reconocerlo, se impuso fundamentalmente por la fuerza del conocimiento y de la tecnología.

El mundo no ha cambiado en lo fundamental. Hoy por hoy, en el mundo de fines del siglo XX y en los comienzos del XXI se impone también el que más conocimiento tiene y el que más tecnología controla. Para nosotros, los iberoamericanos de allá, esta constatación es dolorosa, porque si en aquel encuentro sufrimos alguna supeditación fue por nuestra inferioridad tecnológica, y resulta que, pasados quinientos años, los iberoamericanos de allá todavía no hemos podido superar el desafío y el desfase tecnológico frente al mundo industrializado. O sea que, de alguna manera, quinientos años para nosotros no han significado la posibilidad de resolver el problema fundamental que teníamos, que es el desfase tecnológico y del conocimiento que sigue siendo nuestro principal desafío.

Sin embargo, no todo es tecnología, gracias a Dios, y resulta que hemos salido desfasados tecnológicamente, pero equilibrados y mestizados culturalmente. Resulta que en

la cultura y en la historia hemos hecho algo común, que es precisamente la garantía de la unidad que hoy día conformamos. Es en ese contexto en el que ubico mi visita, porque esta mi visita a España no es sólo una visita a España, una visita a Europa, es a la Europa española, la España europea, la España democrática, que parecía ser un lugar común en este momento.

En este sentido, quiero decirles que hace unos veinte años en América Latina era casi imposible que pudiéramos hablar de esta manera; no lo podíamos hacer allá ni acá. Decir Europa hace veinte años en América Latina no significaba necesariamente decir España. Probablemente, si se hubiera hecho un sondeo de opinión en cualquier capital de Iberoamérica veinte años atrás y se hubiera preguntado a un ciudadano el nombre de un país europeo, estoy seguro de que las posibilidades de que dijera España eran mínimas. Hoy día, al contrario, en cualquier capital de Iberoamérica uno puede acercar el micrófono a un ciudadano y al decirle: dígame un país de Europa, estoy seguro de que las posibilidades de que primero salga el nombre de España son bastante grandes; incluso pueden pasar del 50 por ciento. Este es un pequeño ejemplo de lo que han cambiado las cosas.

La España que nosotros ahora sentimos desde Iberoamérica es una España moderna, democrática y europea, pero que no por ello es menos iberoamericana. Les voy a hacer una confidencia. En una reunión reducida que se organizó acá cuando España estaba en el proceso de integración en la Comunidad Económica Europea, nos invitaron a algunos dirigentes políticos de América, y yo, delante del Presidente González, que estaba participando allí, hablé de la doble vocación de España, que podía generarle una doble lealtad y que esto podría ser un conflicto con nosotros, porque podía hacer que su vocación europea le derivase a una lealtad europea en contradicción con la lealtad iberoamericana que surge de su propia vocación iberoamericana. Veía que esto podía ser muy complicado a la hora de tener que discutir problemas como el de la deuda externa o como el de los precios de las materias primas, porque al discutir la deuda externa se está con los acreedores o se está con los deudores; por lo menos así parecía en el pasado, aunque ahora creo que estamos descubriendo caminos distintos que puedan acercarnos. El Presidente Felipe González, con la capacidad que todos le conocemos, se apresuró a contestarme un poco en un tono polémico, diciéndome que España no tenía dos vocaciones y, por tanto, tampoco dos lealtades; que tenía una sola vocación y una sola lealtad, que era con ella misma, queriéndome decir con esto que España es una simbiosis inseparable entre Europa e Hispanoamérica, que ésta era su vocación básica y ésta era su única lealtad.

Yo, la verdad, aprendí esa reflexión y se la agradezco, porque creo que esto es así y lo estoy constatando en este viaje. Hemos tenido conversaciones muy importantes con los Reyes de España el día de ayer, hemos tenido una larga sesión de trabajo personal con el Presidente del Gobierno español y verdaderamente he podido descubrir que está latente esa única lealtad de España, que ahora está

al servicio de este proyecto común que desde hace quinientos años venimos construyendo, donde España no solamente puede ser como ella misma un factor muy importante para los bolivianos y los iberoamericanos, sino que ya viene cargada hacia nosotros con todo lo que significa la Europa contemporánea. He podido constatar, ayer en concreto, en la discusión de problemas específicos, lo que esto representa para nosotros.

Lo que quiero pedirles, porque no quiero pasar a explicar todo lo que conversamos en largas horas con los Reyes de España y con el Presidente de su Gobierno, lo que quiero pedirles como Parlamento y representantes democráticos del pueblo español, es que colaboren. Mucho de lo que podemos hacer, o todo lo que podemos hacer, depende de estas Cortes, ya que si estas Cortes no quieren que se haga, no se hace, porque, en definitiva, este es el sistema democrático, y el Gobierno podrá hacerlo en la medida en que las Cortes se lo permitan, que lo vean conveniente.

Creo que lo que está planteado es algo muy positivo en la cooperación entre nuestros países y de España con Iberoamérica, pero les pido que lo podamos colocar en la perspectiva del mediano y largo plazo, que, ahora sí, el árbol no nos impida ver el bosque, porque de repente hay un árbol ahí que puede ser molesto para el Parlamento, para el Congreso o para alguna fracción parlamentaria. Por eso les pido, por el amor de Dios, que sin por ello ir contra la ecología, volteen el árbol para poder ver el bosque que hay detrás.

Creo que las perspectivas vienen muy interesantes en este mundo cambiante donde, como digo, creo en la comunidad que hemos construido durante quinientos años, y que es precisamente ahora, con todo su caudal acumulado, cuando tiene que salir con propia personalidad frente a este mundo tan cambiante, pero donde creo que nosotros tenemos la gran ventaja de haber acumulado y sedimentado pacientemente todo un bagaje cultural y tecnológico que hoy día es un tesoro invaluable.

Me hubiera gustado explicarles —se nos hace tarde— los esfuerzos que estamos haciendo en Bolivia en el plano de la estabilidad económica. Yo mismo, como Presidente, no quiero creer ciertos resultados que hemos logrado. Para darles un ejemplo, en este primer trimestre del año, de enero a marzo, hemos tenido una inflación acumulada del 1,3, una flor verdaderamente exótica en América latina, 1,3 por ciento en un trimestre que, probablemente, con una serie de medidas que tendremos que tomar nos lleve a tener un 12 por ciento de inflación acumulada en el año. El año pasado tuvimos el 16,5 por ciento, el anterior el 21 por ciento y este año pensamos lograr el 12 por ciento, frente a economías vecinas que están en el 2.400 y 2.800 por ciento de inflación anual. Este es un gran esfuerzo del pueblo boliviano.

Junto a este esfuerzo hemos hecho también un gran esfuerzo de estabilidad política. He visto que la prensa española, en algunos casos, no lo ha comprendido todavía; ojalá que mi presencia ayude a comprenderlo. Me refiero a lo que tuvimos que hacer allí para buscar nuestro pro-

pio camino en la estabilidad política. Resulta que allí pudimos conseguir que esa Bolivia inestable, golpista, «putschista» e hiperinflacionaria se convierta hoy día en el primer ejemplo que surge en los labios cuando se quiere hablar de transformaciones en América Latina hacia la estabilidad política y económica.

Para ello tuvimos que hacer raya y cuenta nueva, como lo hicieron ustedes, por otra parte —hasta en eso nos parecemos— y tuvimos que construir un nuevo camino sin renegar de nuestra historia, porque, como pueblos hispanoamericanos, no renegamos de nada de lo que hicimos, más bien nos llenamos de orgullo incluso cuando no ha estado bien hecho. ¿Verdad? Forma parte de nuestra idiosincrasia y así es. Por tanto, es otra etapa, que estamos construyendo, que hemos construido, y resulta que factores políticos que en la etapa anterior formaron parte de una sociedad no democrática hoy son actores dinámicos de la construcción de la nueva democracia boliviana. Quiero que me lo crean, quiero que la prensa española lo crea así y lo pueda divulgar por la importancia que tiene como prensa a nivel, sobre todo, del mundo hispanoamericano.

Hemos hecho la estabilidad económica y la estabilidad política. Creo que si ustedes preguntan a cualquier boliviano sobre las posibilidades de una interrupción de la democracia en Bolivia, la mayoría de ellos les miraría un poco atónitos, porque allí ya no se concibe, honestamente lo digo, la posibilidad de que otra vez podamos caer en una situación no democrática. ¡Ojalá Dios quiera que esto continúe profundizando! Pero además de la estabilidad política y económica hemos logrado batir otro récord, otro pequeño récord para un país humilde, tan lejano.

Cuando una vez invité a mi amigo García Márquez a que fuera a Bolivia se agarró la cabeza y me dijo: Jaime, ¿adónde quiere llevarme, al otro lado de la luna? Dando a entender que venimos de un país muy lejano. Pues ese país lejano y humilde batió otro récord en América Latina, que es haber arreglado por lo menos el 35 por ciento de su deuda externa. Esto, que parece el talón de Aquiles imposible de abordar, lo estamos haciendo. Una parte de la deuda comercial, con la colaboración de países hermanos, como el de ustedes, comprando nuestra propia deuda a 10 centavos, o a 11 centavos el dólar; pero otra parte, la más importante, porque era la más grande, resolviéndola entre nosotros mismos, entre países hermanos de la comunidad iberoamericana, como ha sido el caso de haber saldado nuestra deuda, de 800 millones de dólares, con la República hermana de Argentina. Es decir, estamos abriendo caminos nuevos de solución entre endeudados que, a su vez, se deben a sí mismos, porque éste es el problema que teníamos con la Argentina, que los dos estamos endeudados hacia terceros, pero entre nosotros también teníamos nuestras propias deudas.

Hemos ido abriendo caminos nuevos como país y lo que deseamos es que se nos coopere, para que en el tiempo más corto posible dejemos de ser cooperados. Esto es un poco lo que buscamos; queremos ser buenos socios, bue-

nos asociados; queremos hacer buenos negocios y queremos conseguir buenos asociados en todas las partes del mundo.

Cuando venimos a España, si bien venimos todavía en busca de un programa de cooperación, quiero que me lo crean, es una cooperación para dejar de ser cooperados en el tiempo más corto posible y para que nos ayuden y nos cooperen a ser buenos socios en muy poco tiempo, de tal manera que, más adelante, de esa sociedad salgan muy buenos negocios para España, para Bolivia y para el conjunto de nuestra Iberoamérica.

Muchísimas gracias por esta acogida en las Cortes Es-

pañolas, muchísimas gracias al Presidente del Congreso de Diputados, muchísimas gracias al Presidente del Senado. Les pido disculpas por haberme prolongado, sin por ello dejar de decirles que si lo he hecho es porque formo parte de la misma cultura de la cual ustedes también forman parte y una de cuyas características es ser muy efusivos y prolongados en hablar.

Muchas gracias. **(Grandes y prolongados aplausos de los señores Diputados y Senadores puestos en pie.)**

Se levanta la sesión a la una y treinta y cinco minutos de la tarde.

Imprime RIVADENEYRA, S. A. - MADRID

Cuesta de San Vicente, 28 y 36

Teléfono 247-23-00.-28008-Madrid

Depósito legal: M. 12.580 - 1961